



## Capítulo 172

«Ahaha... ¿De verdad es algo por lo que sorprenderse tanto?».

«¡Emil!».

Los ojos de Rine se abrieron con incredulidad. El Apóstol de la Codicia soltó una carcajada, como si disfrutara de su reacción.

Su actitud era como si estuviera saludando a una vieja amiga.

Sin embargo.

...

Evan, que hacía unos instantes tenía una expresión despreocupada, desenvainó inmediatamente su espada ante la inusual reacción de Rine.

Aunque aún no había alcanzado el nivel de Maestro, instintivamente sabía lo peligroso que era el visitante inesperado que tenía ante sí.

En el momento en que su tensión alcanzó su punto álgido...

¡Pum!

«¡¿Urgh~!?»



Un dolor agudo golpeó la parte posterior de la cabeza de Evan, haciendo que su cuerpo se inclinara.

«¿?».

Al darse cuenta de que quien le había golpeado en el cuello era la corona dorada de Rine, el rostro de Evan se llenó de confusión.

«Lo siento. Pero esta es la mejor opción».

Mientras la voz de Rine se desvanecía en la distancia, Evan perdió el conocimiento.

«Vaya, qué inteligente. ¿O es por otra razón?».

«Cállate».

Ante la burla del Apóstol de la Codicia, Rine la miró con ferocidad.

Sin dudarlo, Rine utilizó la corona dorada para trasladar a Evan al lado opuesto.

«¿Por qué estás tan enojado? No creo que nuestra relación fuera tan mala».

«¿De verdad crees que es algo que se debe decir en este momento?».

«Por supuesto. ¿Quién crees que te enseñó a usar la «Biblioteca»?».



«...!»

La biblioteca.

Al oír esa palabra, el cuerpo de Rine se estremeció ligeramente.

«¡Nunca necesité algo así...!»

«¿De verdad lo crees?».

Emil se rió entre dientes tranquilamente.

La expresión de Rine se torció con irritación, apretando los labios como si ya no hubiera necesidad de conversar.

::

-!

En ese momento, unos ojos dorados, invisibles hasta hacía unos instantes, se revelaron.

¡Crash!

Las coronas doradas salieron disparadas hacia Emil, rozando con fuerza los pilares y el mármol circundantes.

La velocidad era deslumbrante.

Sin embargo.

«Hum... Ya había leído esta información de antemano, pero realmente llevas contigo cosas muy interesantes, Rine. Si tuviera que adivinar, diría que es del Imperio Ilaneph».

Las coronas doradas, que deberían haber acribillado el cuerpo de la apóstol, se detuvieron impotentes en el momento en que la alcanzaron.

¡Clang!

Una energía siniestra se extendió desde el Apóstol y unas ramas se materializaron en el aire, bloqueando el ataque.

«¡»

Las cejas de Rine se fruncieron aún más.

Pero Emil, el Apóstol de la Codicia, simplemente sonrió con aire burlón y movió los dedos con indiferencia.

Al mismo tiempo, las mismas ramas que habían bloqueado la corona dorada ahora se arrastraban por su superficie como enredaderas, comenzando a invadirla.

«¡»

Rine recuperó rápidamente la corona dorada.



«Qué pena».

A pesar de sus palabras, la voz de Emil no transmitía una decepción genuina.

Como si simplemente estuviera complaciendo a Rine, no hizo ningún movimiento para lanzar un contraataque, solo respondiendo a los ataques a medida que llegaban.

A pesar de la confusión que se apoderó de Rine por la repentina aparición de Emil, se concentró en encontrar una manera de salir de esa situación.

«¿Qué debo hacer?».

Si no se tratara de un espacio subterráneo, sino al aire libre, tal vez se habría sentido confundida, pero no ansiosa.

Afuera, podía usar Plutón sin restricciones.

Incluso entonces, no estaba segura de poder garantizar la victoria.

Si hubiera sido hace diez años, tal vez, pero ahora... entendía perfectamente quién era la persona que tenía delante.

Pero esto era clandestino.

Un espacio demasiado pequeño para utilizar Pluto adecuadamente.



Si estaba dispuesta a arriesgarse a que se derrumbara la cámara subterránea, tal vez podría intentarlo.

Incluso si la cueva se derrumbaba, Rine estaba segura de que podría sobrevivir.

Pero el problema era...

Alon y Evan.

Si no tenía cuidado, Alon y Evan podrían verse envueltos en la destrucción.

Rine se devanó los sesos, buscando desesperadamente una forma de superar la situación.

Sin embargo.

El Apóstol de la Codicia se limitó a observar a Rine con expresión relajada.

Como si sintiera curiosidad por ver qué decisión tomaría Rine.

\*\*\*

Mientras tanto, en el mundo ceniciente.

«Respóndeme, mago. Te pregunté si fuiste tú quien me llamó».



Ante la frialdad de la mirada de Kylrus, Alon reunió sus pensamientos y respondió.

«.....Es cierto que te llamé, pero no tengo ni idea de dónde está este lugar».

«¿No lo sabes?»

«Así es».

Kylrus frunció el ceño.

Como si intentara discernir la verdad, miró fijamente a Alon antes de extender repentinamente su dedo índice y trazar una línea recta en el aire.

iRumble~!

La magia azul que fluía de su mano era diferente a la que había utilizado en el laberinto, cortando el aire antes de disiparse.

Al ver esto, Kylrus dejó escapar un suspiro, con el rostro teñido de decepción.

«¿Qué tonterías estás diciendo, mago? Es imposible que no conozcas este lugar».

«¿A qué te refieres?».

«... Realmente no sabes nada, ¿verdad? ¿Cómo lograste hacer algo tan absurdo con tan poca información?»



«.....»

«Solo te lo explicaré una vez, así que escucha con atención, mocoso».

Con esas palabras, degradó instantáneamente a Alon de mago a simple novato del pasado.

«Este lugar es un reino de la mente, separado del mundo en el que vives. Cada persona que ha logrado una gran hazaña lleva consigo su propio mundo único».

«Entonces... ¿este es tu reino de la mente?».

Alon pensó que su razonamiento era bastante plausible.

Recordando la historia del Dragón Dorado, Lanisius, sabía que el mago que tenía ante sí había luchado contra los Negros, independientemente de cuál hubiera sido su destino final.

«Entonces, ¿podría ser esto una manifestación del mundo tras su batalla contra los Negros?».

Alon observó en silencio el mundo en ruinas que lo rodeaba.

Con solo mirar ese paisaje devastado bastaba para recordarle el verdadero peligro que representaban los Negros.

«... El mundo de hace mil años es mucho peor que el que vi en el juego».



En «Psychedelia», los Negros causaron grandes daños en el continente, pero finalmente fueron detenidos por Eliban y otras figuras poderosas.

Debido a eso, la situación nunca había llegado a tal extremo.

Sin embargo, en un mundo en el que no se había detenido a los Negros, el resultado fue la destrucción total, la ruina completa y absoluta.

Incluso Alon, que solía permanecer indiferente, se quedó momentáneamente atónito ante la visión.

Entonces...

«... Ja».

«?»

Kylrus soltó una risa hueca.

«¿Qué tonterías estás diciendo, mocoso? Este reino de la mente...».

Sus siguientes palabras fueron aún más impactantes.

«Es tuyo».

«... ¿Qué?».

Alon se quedó con la boca abierta, incapaz de procesar las palabras.



«¿Mi... reino de la mente?».

«Sí. Yo, que lo he perdido todo, no tengo motivos para poseer un reino de la mente».

Kylrus lo miró con una expresión que sugería que Alon ni siquiera entendía algo tan básico como eso.

Luego, tras echar un vistazo casual a su alrededor, se encogió de hombros.

«De todos modos, mocoso, este es tu reino mental».

«... ¿Estás diciendo que este es realmente el mismo tipo de reino de la mente que yo conozco?».

«Sí. Aunque en tu caso, careces de construcciones formularias, por lo que simplemente está siendo moldeado por tus recuerdos más fuertes».

Las palabras de Kylrus hicieron que Alon se tragara su confusión e intentara ordenar sus pensamientos...

Pero antes de que pudiera hacerlo...

—Bueno, mocoso. ¿Por qué me has llamado?

La repentina pregunta interrumpió su línea de pensamiento.



Tras un breve silencio, respondió.

«... Tenía algo que preguntarte».

«Algo que preguntar, ¿eh?».

Kylrus miró fijamente a Alon durante un momento antes de decir:

—Habla. Sé conciso. Has conseguido derrotarme, así que al menos te concederé eso.

Se movió lentamente y se sentó sobre un montón de escombros. Sus palabras instaron a Alon a hablar, aunque este dudó, ya que había muchas cosas que quería preguntarle.

«.....»

Después de deliberar un momento, Alon finalmente hizo su primera pregunta.

«... Lo escuché del Dragón Dorado, Lanisius. Que originalmente eras un mago».

La expresión de Kylrus se volvió extraña al oír esas palabras.

«¿Te has encontrado con el Dragón Dorado?».

«Sí».

«Entonces, sigue vivo».

Cuando Alon asintió con la cabeza, Kylrus relajó el ceño fruncido y dejó escapar un pequeño suspiro.

«... Qué alivio».

Un susurro tan suave que ni siquiera Alon lo percibió.

Alon consideró brevemente contarle cómo había sobrevivido Lanisius, pero antes de que pudiera tomar esa decisión...

—Bueno, da igual, mocoso. Lo que realmente quieras saber es por qué un mago como yo acabó convirtiéndose en un Dios Exterior, éno?

«... Sí».

preguntó Kylrus, y Alon asintió con la cabeza en respuesta.

«Es sencillo: venganza».

«¿Venganza?».

La respuesta llegó rápidamente, sin dudar.

«Sí. Lo abandoné todo para convertirme en un duende y poder vengarme de los Negros».

...



«¿Es eso siquiera posible?»

«No. Es imposible, en circunstancias normales».

Kylrus frunció el ceño como si estuviera recordando el pasado.

«En mi batalla contra los Negros, lo perdí todo. A mis compañeros, a mis amigos, a todos ellos. Lo único que quedaba a mi alrededor eran cadáveres».

«Yo también me aferraba a la vida, esperando una muerte que no tardaría en llegar».

«.....»

«Pero yo no quería morir. Quería vengarme de los Negros que habían matado a mis compañeros y amigos. Quería aniquilarlos con mis propias manos».

Un brillo peculiar parpadeó en sus ojos.

«Busqué una forma de sobrevivir. Forcé mi núcleo de maná destrozado más allá de sus límites para mantenerme con vida y poder pensar. Y en ese momento, aparecieron los duendes».

Sin embargo, su expresión seguía siendo inquietantemente tranquila.

«Cientos, quizás miles de duendes que se habían escondido bajo tierra, acobardados por la presencia de los Negros, emergieron...».



«Y se dieron un festín con los cadáveres de mis compañeros».

Los ojos de Kylrus ardían como si estuviera presenciando ese momento una vez más.

Fue entonces cuando Alon finalmente comprendió la extraña luz de su mirada.

«La mano de un mago, la misma mano que había intercambiado bromas apenas el día anterior, fue despiadadamente destrozada en la boca de un duende».

«La cabeza de un mago, la misma cabeza que se había preocupado por su discípulo justo el día anterior, se convirtió en nada más que un juguete para los duendes».

«El cuerpo de un joven mago, el mismo cuerpo que solo un día antes había imaginado un futuro, fue hecho picadillo y servido de alimento a los jóvenes duendes».

Y...

Era «ira».

Una rabia silenciosa y sin emociones que solo ardía con más fuerza por su quietud.

«En ese momento, mientras veía a esos duendes devorar los cadáveres de mis compañeros, encontré la forma de sobrevivir».

Las siguientes palabras salieron de los propios labios de Alon.



«... El dios de los duendes».

Como si confirmara esa deducción, Kyrlus continuó su relato con inquietante serenidad.

«Exprimí hasta la última gota de mi maná y me transformé en un duende».

«Masacré duendes con mi núcleo de maná roto para infundir miedo».

«Recuperé los cadáveres de mis compañeros antes de que los goblins pudieran devorarlos, solo para devolvérselos después y ganarme su adoración».

«Degradé a mis compañeros caídos a meros trozos de carne, ofreciéndolos a los goblins voraces y atiborrándolos en sus insaciables gargantas para asegurarme su reverencia».

En ese momento, las piezas del rompecabezas encajaron en la mente de Alon.

Por qué Kyrlus, que una vez fue un mago, ahora tenía la apariencia de un duende como un Dios Exterior.

Por qué ya no podía usar al Dragón de la Sombra de la Muerte.

«Mi reino mental, mi magia, mi honor, mi dignidad, mis compañeros...».

«Lo abandoné todo», dijo Kyrlus, pero entonces...



Su voz se quebró.

Su rostro se contrajo.

«Y me convertí en el Dios Exterior, Kylrus».

Por fin, Alon lo entendió.

Hacia dónde se dirigía realmente la extraña y latente ira de Kylrus.

No era hacia los Negros.

Tampoco era hacia los duendes.

Era...

«Esa es la razón por la que sigo existiendo en este mundo como un Dios Exterior».

— «Odio hacia uno mismo».

La ira no era hacia sus enemigos.

Era hacia él mismo, el que había sobrevivido en la desgracia, el que se había aferrado a la vida de la forma más miserable y grotesca posible.

Un profundo y implacable odio hacia sí mismo.

«.....»

Alon no encontraba palabras para decir.